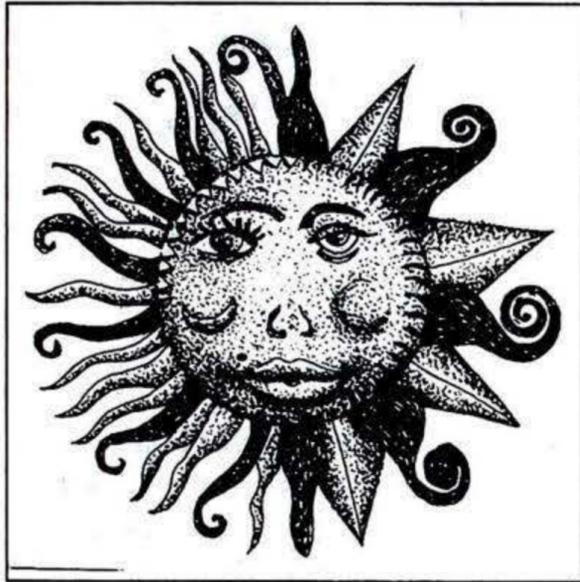


acerca de eso huero y afligente que es la burocracia" (ibídem). ¿En este ejemplo del burócrata que a pesar de estar imbuido en el tedioso y repetitivo mundo de las notarías y los juzgados es capaz de sacar a la luz ese poeta que todos llevamos dentro, el asunto no depende acaso de la mirada? ¿O es que hay belleza en el asfixiante arrume de papeles? ¿Lo que hace interesante el mundo burocrático no es la agudeza de la mirada del escritor?



Tal vez tratando de olvidar aquello de que todos llevamos un poeta dentro (idea que habría que reconsiderar), retomemos esta vieja e interesante discusión —que nos plantea Juan Gustavo Cobo Borda durante todo el libro— sobre el lugar que ocupa el escritor en la sociedad y más específicamente en el "campo cultural" (lugar que varía de manera permanente en cada momento de la historia); e igualmente, dejemos involucrarnos en un problema estético bastante importante, esto es, el de la relación compleja entre el sujeto y el objeto en la creación poética. Podríamos afirmar de esta manera, y en beneficio de la discusión, que los poemas de este libro en los cuales se reflexiona sobre la labor del escritor y la literatura son los más sugestivos.

No quiere decir esto, sin embargo, que el lector deba dejar a un lado la obligación de recorrer otros posibles caminos —tal vez igual de interesantes— en los que se planteen nuevas disputas. Por el contrario, se puede encontrar con otro viejo problema de la literatura: el de la incapacidad del lenguaje de poder decir lo verdaderamente importante. "Y por qué no maullar/

cuando el idioma es inútil..." (pág. 87). "Pero lo que cuenta no está aquí:/ sigue callado" (pág. 162). "Conversábamos, pensando en que quizá/ lo importante nunca se dice" (pág. 170). O tal vez con esos poemas en donde se sustenta lo poco durable, lo inconsistente, que puede llegar a ser toda referencia poética al amor: "Es tan deleznable toda poesía amorosa/ tan llena de ripios,/ que no puedo dejar de escribirla" (pág. 32). En realidad, son varios los caminos que implícitamente el texto nos va proponiendo. Lo importante es seguir y reconstruir las propuestas.

LEONARDO ESPITIA ORTIZ

Papel y pola

Los papelípolas,
ensayo sobre una generación poética
Delimiro Moreno

Vargas Editor, Santafé de Bogotá, 1995,
138 págs.

Recuerdo cuando Víctor Cortés Vargas visitaba en Pitalito a Serafín Sánchez, por allá en 1960. No puedo olvidar que Víctor le ayudaba a mi padre a corregir sus defectos poéticos, le insinuaba lecturas y autores que él consideraba importante conocer, le leía sus poemas, escuchaba los suyos, y se emborrachaban a medida que las palabras les daban la dimensión de sus sueños y posibilidades.

También recuerdo que con ellos empecé a darme cuenta de la *seudonimania*, tan en boga por entonces —la sociedad religiosa obligaba a esconderse en las palabras o a ser anónimo, como si fuera pecado ser inteligente—, porque ambos se firmaban de diferente manera de como se llamaban en la realidad: Víctor escribía bajo el nombre de Ángel Sierra Basto y Serafín como Sergio Cálamo.

En una de aquellas visitas, Ángel le regaló a Sergio el libro de un poeta ruso que él consideraba uno de los mejores que había leído: *Obras escogidas de Vladimiro Maiacovski*. Este libro había

sido un obsequio de Julián Polanía Pérez para Sierra Basto, y se lo dedicaba así:

*Para el poeta Víctor Cortés
Vargas, con eminente afecto
/espiritual,
Neiva, Octubre 9 de 1958.*

Debió de ser mucho el aprecio de Ángel por mi padre para desprenderse de ese obsequio que, entre otras cosas, nos remite a las lecturas que preocupaban por entonces a Polanía Pérez y a Sierra Basto y querían difundir entre sus amigos, aun a pesar de las inhibiciones de la pacata sociedad huilense de aquellos años. No debemos olvidar que Maiacovski era el poeta oficial del comunismo ruso, y el comunismo era como un pecado mortal que muchos cometían de puertas para adentro, para no tener que confesar, de pronto en el más allá, sus debilidades políticas.



La sociedad de ese tiempo —nos dice Delimiro Moreno en el capítulo I, "Génesis, ambiente socio-económico e influencias", de su libro, que ahora nos ocupa— *no quería saber nada de los poetas y negaba cualquier tradición literaria departamental que no fuera de origen eclesiástico, porque la férula católica fundamentalista, que impuso en la región el obispo Esteban Rojas Tovar, continuaba en todo su esplendor y había expulsado de la República de las Letras, como lo fue "post mortem" de la civil, un poeta tan intenso como José María Rojas Garrido, a quien no le perdonaban haber sido presidente, magistrado integé-rimo, anticlerical, liberal e independiente.* [pág. 10]

Aquel volumen con la poesía de Maiacovski, por la magia de las herencias literarias, lo conservo aún en mi biblioteca.

Luego supe que Ángel Sierra Basto, que oficiaba de tinterillo como su padre (alcalde alguna vez de Pitalito), formaba parte de un grupo de poetas que se rebelaban contra el ambiente literario de la comarca, leían poemas en bares y cantinas, protagonizaban escándalos y no creían en la escritura paisajista, bucólica y religiosa que se recitaba en escuelas y colegios.

También supe que se daban en llamar *papelípolas*.

La verdad, yo tenía más conocimiento de los nadaístas por los suplementos literarios, a los cuales mi padre fue siempre afecto, y el Huila literario no estaba en mi horizonte de lecturas. Ni siquiera leí *La vorágine* de José Eustasio Rivera, cuando era estudiante en la Normal Superior en Pitalito, sencillamente porque no se me pidió que la leyera, y mis influencias estaban más por los lados de los periódicos de Bogotá y las emisoras de Cali que por lo producido en las emisoras y periódicos en el norte del Huila. Pero sí recuerdo que tuve que escuchar recitar muchas veces *Los potros* y *La paloma torcaz* en las sesiones solemnes del Centro Literario que llevaba su nombre.

*Cantadora sencilla de una gran
/pesadumbre,
entre ocultos follajes, la paloma
/torcaz
acongoja las selvas con su
/blanda quejumbre,
picoteando arrayanes y pepitas
/de agraz.*

[Índice poético..., pág. 65]

Al grupo lo descubrí porque una noche hubo una invitación a un recital que se iba a realizar en el auditorio de la Normal Superior, donde me formaba para ser maestro de escuela (no creo que mis profesores sospecharan que iba a ser tirapietra en Bogotá, huelguista anual en el magisterio capitalino y escritor, ignorado por ellos en la monotonía de sus clases aprendidas de memoria). Había mucha luz, y el auditorio estaba repleto de estudiantes y paisanos. Con arrogancia y no poca prepotencia, Darío

Silva Silva declamó el repertorio del grupo. Excelente voz, modulación adecuada de locutor y sonrisa constante, admirada por todos. Esto le valió, entre otras cosas, volver a Pitalito para dirigir la primera emisora de la localidad, Radio Sur, tres años más tarde. También leyeron sus poemas otros papelípolas. Aún resuena en mis oídos el texto de Ángel Sierra Basto, que en ese entonces no pude comprender, el cual decía:

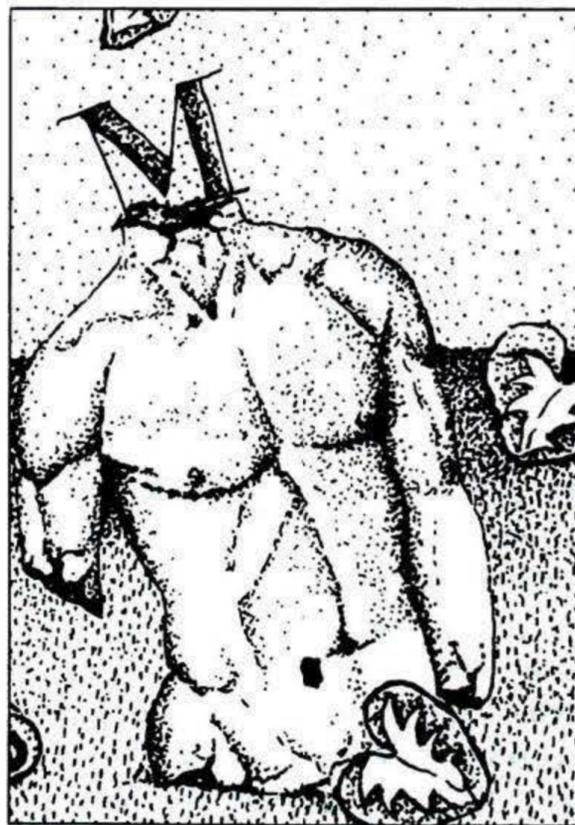
*Álgido amor, ascidio,
/astrolabiado,
canto caliginoso, conectivo
/clangor,
verso vibrante, vívido verdor,
sacarinoso súculo, simbadiano
/singlar
sacrosantado.*

*Álgido amor, ascidio,
/astrolabiado.*

[Índice poético..., pág. 234]

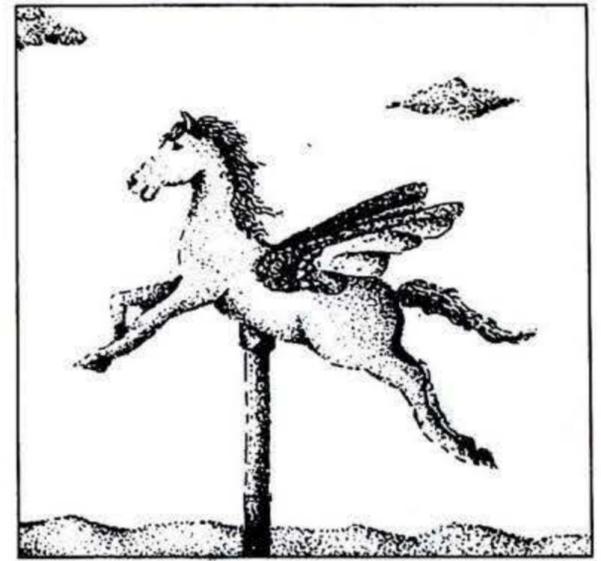
Nadie se rió, nadie entendió, pero todos aplaudimos.

Sobra decir que mi padre no llegó esa noche a casa.



El tiempo siguió su rutina de tictac. Perdí el rastro de los papelípolas, me incrusté en Bogotá con el ánimo de ser pintor y escritor, y sólo hasta 1968 volví a tener contacto con uno de sus miembros: Gustavo Andrade Rivera. Desde entonces han sido pocas las ocasiones en que he oído hablar de aquel

grupo, aunque he tenido que acercarme con afán para también hablar de él, obsesionado quizá por la indiferencia y el olvido a que ha estado sometido. Pocas referencias encontradas, en verdad, y ningún estudio acerca de su existencia, mucho menos un análisis sobre la importancia de su quehacer poético.



De ahí que me haya causado grata impresión encontrarme con el libro *Los papelípolas, ensayo sobre una generación poética*, del periodista, escritor e historiador Delimiro Moreno. El libro es un reto para romper el olvido y acercarnos a nuestro propio rostro. Leerlo no sólo es volver a las caras sonrientes y queridas de nuestros antecesores poéticos, quienes sin alardes y sin consentimiento de nadie abrieron el camino para que otra generación, ansiosa de parricidios literarios, surgiera olvidada de sus raíces, sino recorrer con sus anécdotas un período clave del desarrollo de nuestra literatura: la década de los años 60.

No me parece aventurado advertir que sólo hasta ahora, y salvo esporádicos comentarios aparecidos en revistas, como el de Antonio Polanía Polanía en la revista *Huila*¹, se comienza a hacer justicia con la importancia de este grupo que, al decir de Ángel Sierra Basto en sus conversaciones con Sergio Cálamo, se llamaba *papelípolas* porque escribían en papel y bebían pola para mitigar el sopor espiritual de la provincia.)

La idea de escribir este libro —nos explica Delimiro en la Presentación— surgió en 1992 de una charla con el poeta Luis Ernesto Luna, dolido de que el grupo Los papelípolas no gozara de

la popularidad que debería esperarse en el departamento del Huila y del reconocimiento general de la crítica literaria nacional y latinoamericana, a pesar de su evidente importancia y del papel que sus integrantes jugaron en el despertar de la literatura colombiana en el renacer de nuestra democracia, aún restringida, con el Frente Nacional. [pág. 7]

Tal vez Luis Ernesto Luna, el poeta que considero más decantado de la poesía huilense contemporánea, tenga razón con su reclamo a Delimiro. No sé por qué no se conoce su poema *Abril*, tan hondamente sentido y construido con sensibilidad opita y lenguaje universal:

Abril bajaba al pueblo con las
/lluvias,
un silencio cantado,
el agua turbia.

Abril era un paisaje de lomas
/con caminos,
la tarde por las calles entre
/casitas viejas,
pajizas;
el tiempo en campanadas.

Con mi chaqueta al hombro
iba silbando a veces
tal vez mi aburrimiento.

Lucila ya tenía la altura de las
/rosas.

Se vestía
el aire de un deseo.

Algo le dije entonces.
Algo que acaso olvidé
callando desde un beso.

Después
le dio porque era amor y me
/quería.

Todo fue pareciéndose a los dos,
las palabras y el tono de la voz
y mi dolor y su alegría.

Eso pasó y quizá
no habremos de encontrarnos ni
/en recuerdos.

Del pueblo se fue ella,
del pueblo yo me vine,
me cuentan que ha cambiado,

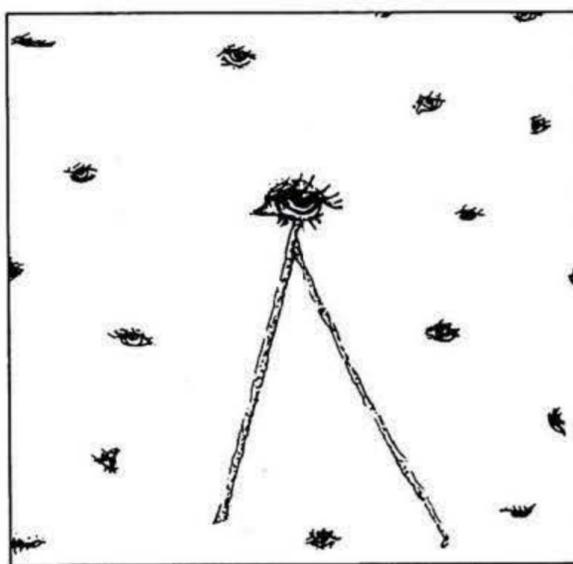
no sé de los amigos
y no ha vuelto a ser abril sino
/en el tiempo.
[Memoria del silencio, pág. 4]

Y si de desconocimientos de la obra del grupo se trata, ¿por qué pocos hacen referencia a *Virtud de ruego*, de Julián Polanía Pérez, ese poeta papelípola a quien un accidente de tránsito truncó a los 32 años su promisoría carrera literaria?

Yo quiero detenerte, amada
/indecisa,
en la fe de mi pecado;
dejarte aquí para envidia de la
/brisa
vengando los adioses.

No quiero que viajes como ave
por las ramas del vedado
/olvido;
quédate en el nido, ¡oh Pánfila!
Quédate.
Este piso de amor sólo por ti es
/azul,
de sal y de sonido.

Quédate indecisa, amada,
que sólo tú puedes detener la
/llamarada.
[Noción de pesadumbre, pág. 31]



No sobra recordar aquí que el grupo estaba conformado por Julián Polanía Pérez (Palermo, 1933-Neiva, 1965), Darío Silva Silva (Tarqui, 1938-), Rubén Morales (Tarqui, 1930-), Luis Ernesto Luna (Garzón, 1923-), Ángel Sierra Basto (Pitalito, 1920-Neiva, 1992) y Gustavo Andrade Rivera (Neiva, 1921-Bogotá, 1974). Seis poetas de distintos municipios del departa-

mento, sin ningún asomo de homogeneidad, cantados y presentados por Darío Silva Silva en su *Balada de los papelípolas*:

Somos seis sitibundos
/trashumantes del verso:
buscamos la belleza con un
/prurito cruel.
Y la belleza se nos presenta por
/instantes
pero se va de súbito y activa
/nuestra sed.

Pero en esos instantes que ella
/colma y arrulla
con el infiel prodigio de su
/belleza total,
fusionamos ladrillos de luz que
/van armando
los edificios de una poética
/ciudad.
[Cuadernos Huilenses 1, págs. 5-7]

Delimiro Moreno incluye, además, a Armando Cerón Castillo (El Pital, 1930-), en quien encuentra afinidad temporal y espiritual con el grupo y a quien considera el primer nadaísta del Huila, aunque no participara de las actividades bohemias y hasta cierto punto escandalosas de sus compañeros de generación poética. Aún no entiendo su inclusión. Su timidez le impedía ser escandaloso y su poesía distaba mucho de los rompimientos, como lo proponían papelípolas y nadaístas, para avanzar por encima del acostumbrado transcurrir del verso romántico:

Quisiera, mi señora, volver a
/aquellos tiempos
y sentir en mis ojos brillar la
/fantasía
cuando en tu cabellera se
/perdían mis besos
y en tus senos violáceos la luz
/desfallecía.
[Soledad y orfandad..., pág. 99]

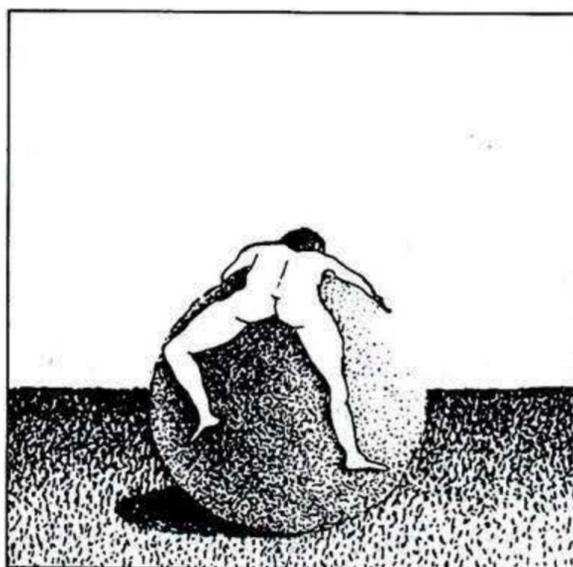
En 1968 conocí a Gustavo Andrade Rivera. Aquel año dos colombianos fuimos seleccionados para el *Premio Planeta de Novela* y él quiso homenajearnos, siempre atento a destacar lo cultural que otros pasaban desapercibido, callaban por envidia o, simple-

mente, no les importaba. Con Fernando Soto Aparicio fuimos sus invitados para una tarde de carne a la parrilla en su casa del norte. Y para beber pola, por supuesto. Esa cercanía con quien fuera el padre de *los papelípolas* me acercó también a su posición antirriveriana, que no era contra Rivera y su obra sino contra los riverianos que, en su adoración, les negaban a otros escritores la posibilidad hasta de su propia existencia. Delimiro nos demuestra que esta actitud era una tuerca del motor que los impulsaba a ser irreverentes y a tratar de romper el mundo que les había tocado en suerte. La talanquera, recuerdo que le decía Gustavo a José Eustasio Rivera, con mucho de humor y algo de rabia. Esa, su posición antirriveriana —que algunos le heredamos—, la podemos advertir en su *Carta a Neiva* que, a manera de principios o de manifiesto, si se quiere, incluye en el primero de los *Cuadernos huilenses*, primer libro a su vez de Julián Polanía Pérez —*Noción de pesadumbre* (1958)— y que en uno de sus apartes dice:

*Estamos, pues, enfrentados a Rivera. Y, sin embargo, la lucha no es con él ni contra él. La lucha es con nuestro medio, el mismo que tú conoces y que en buena hora dejaste [La carta está dirigida por Andrade Rivera a Ramiro Bahamón]. La lucha es con el mismo medio hostil y voraginoso que José Eustasio Rivera tuvo que vencer a lo Arturo Cova. Con el mismo medio desagradecido que tasa los centavos de la estatua pero que no tiene vergüenza de usar *La vorágine* y *Tierra de promisión* para presumir de culto sin serlo. [pág. 20]*

¿Por qué los papelípolas son irreverentes y contestatarios? ¿Por qué se consideran el primero y el único grupo homogéneo en la literatura huilense? Dejemos que sea Gustavo Andrade Rivera quien nos lo explique en su ya mencionada *Carta a Neiva*, tan oportunamente reproducida por Delimiro en el capítulo de su libro dedicado al ideario del papelipolismo:

[...] Tenemos, pues, algo concreto y palpable entre manos: restaurar la fisonomía espiritual del Huila; y si eso se llama revolución, nuestro movimiento es una revolución y nuestro grupo es un foco de revolucionarios. En eso nos diferenciamos del Nadaísmo. Pero desde el punto de vista político económico, que es el que ahora prima, y a semejanza de los nadaístas de Medellín —un grupo que acaba de aparecer más en broma que en serio, más existencialista que original, y que abomina del trabajo porque deforma la belleza nadaísta—, nosotros también somos nada. No tenemos electorado, lo cual nos obliga a ser honestos; no tenemos ganaderías y no nos preocupa la aftosa; no tenemos cosechas y nos importa un carajo que no llueva; no tenemos peones a nuestro servicio y eso nos evita el tremendo trabajo intelectual de hacer la plantilla del sábado. Nos une un parecido pensar y reaccionar —acaso nada más nos une fuera de la juventud del alma y algo de la del cuerpo— y todo nuestro capital es el día que gastamos a mano ancha, bien repartido entre la burocracia y el café. De ahí, de esas conversaciones de tinto iluminadas por nuestro verso, que sólo es moderno —a secas sin adjetivos en ismo—, salimos los Papelípolas. [págs. 22 y 23]



Delimiro nos acerca con su libro, en sus tres capítulos iniciales, al ambiente en que surgieron *los papelípolas* a la vida pública, al ideario del grupo, que se

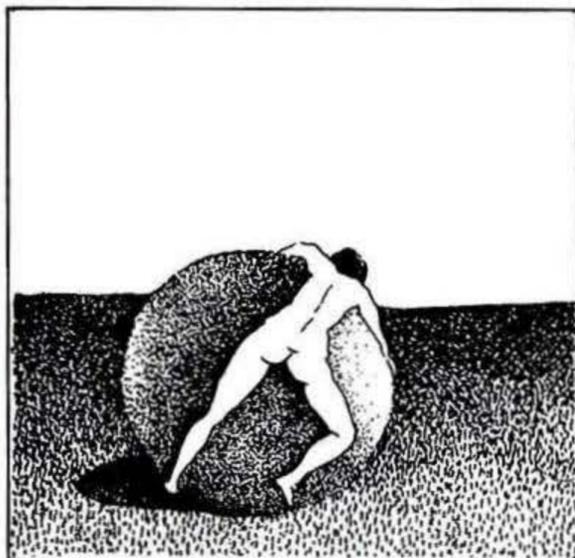
expresa en su correspondencia, artículos de prensa y, por supuesto, en las publicaciones que lograron realizar, tasando las limosnas oficiales. Luego se detiene en la biografía de cada uno de sus integrantes, dentro de las cuales tiene especial dedicación la de Julián Polanía Pérez por la amistad de Delimiro con uno de sus hermanos, y, por último, nos entrega una antología poética que redondea, para que no queden dudas, la importancia de sus trabajos poéticos en el mapa espiritual del departamento del Huila.

Los papelípolas, ensayo sobre una generación poética, es un libro que emprende el justo rescate de aquel grupo, rescate que, como es usual que suceda en nuestro valle de las tristezas, es asumido por personas que aparentemente no debieran tener ni las ganas ni los conocimientos para hacerlo. Pero para que no queden dudas sobre las ganas y los conocimientos de este antioqueño opita, me permito recordar que él ya ha publicado varios libros que tienen como eje a nuestro departamento: *La Gaitana o América libre* (1974), *José María Rojas Garrido* (1993), *El Huila en el siglo XIX* (1994) y *Estado Soberano del Tolima* (1994). También, que ha enriquecido su vida intelectual con la publicación de obras que tienen que ver con su profesión, como *Las telecomunicaciones en Hispanoamérica* (1993), *Breve historia de las telecomunicaciones* (1994) y *Textos antipáticos* (1995), donde nos recuerda su paso por el periodismo huilense, cuando mantuviera durante varios años una columna en el Diario del Huila bajo el título de *Antipáticos*.

Pero así es la vida literaria de los pueblos. Sus mejores creadores y sus obras pasan desapercibidos. Como las de *los papelípolas*. Nadie cree que ese tinterillo borrachoso sea un gran poeta, que el hijo del sastre sea un novelista o que ese predicador, tan cerca ahora de Dios, fuera años atrás un sátiro buscamujeres, libador de trago y hacedor de poemas.

Al encontrarme con este libro han sido muchas las evocaciones que me ha convocado su contenido. Como las anécdotas iniciales que me he atrevido a comentarles. Me vuelve a la memoria, por ejemplo, la imagen del vetusto

Índice poético del Huila, de David Rivera, que hace también parte de mis pertenencias porque es de obligada referencia para cualquier estudio del Huila literario, la cara bohemia de Sierra Basto, la arrogancia de Darío Silva Silva y la timidez provinciana de Luis Ernesto Luna. También me recorre la espina dorsal, como un frío incrédulo y aún no digerido del todo, la cubierta violeta del libro de Jorge Guebelly con su teoría sobre la orfandad del hombre contemporáneo a través de la poesía huilense, cuyo centro trata Delimiro de desmontar porque *muchos de sus conceptos están basados en citas del anterior* (el Índice), *sesgadas en la interpretación de sus motivaciones para hacerlos más solos y huérfanos de lo que acaso son, y que podrían trocarse, variando las citas, en eróticas, colectivas, paternas, etc. etc.* (pág. 31)



Sin embargo, estos dos libros antológicos son base del de Delimiro. Sólo que no los rebasa en sus conceptos pues, en aras del rescate, se limita a transcribirlos, con algunas acotaciones, y a un ordenamiento personal que le permite completar la ubicación histórica del grupo. También es, por así decirlo, un reconocimiento y un homenaje a estos dos libros que recogen el quehacer poético de los huilenses y sin cuya existencia bien poco sabríamos del desarrollo de nuestras letras.

De todas maneras, pienso que Delimiro ha sentado las bases del estudio literario especializado sobre el Huila, acerca de un corpus específico que no niega la existencia de otros, que no pretende demostrar que sea mejor o peor, sino rescatarlo en su propia especificidad. Sólo que nos queda debiendo

la otra mirada, aquella que el tiempo nos posibilita para ubicar las cosas donde deben estar, el juicio crítico, única forma de decirle con certeza a Luis Ernesto Luna por qué este grupo aún no ha pasado a la historia nacional y anda perdido en el corazón y los recuerdos de quienes los conocimos.

BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ

¹ Véase Antonio Polanía Polanía, "El papelipolismo", en *Huila*, Neiva, vol. VII, núm. 34, enero-mayo de 1986, págs. 60-64.

Consagrar lo consagrado

Fantasmas de amor que rondaron el veintiocho

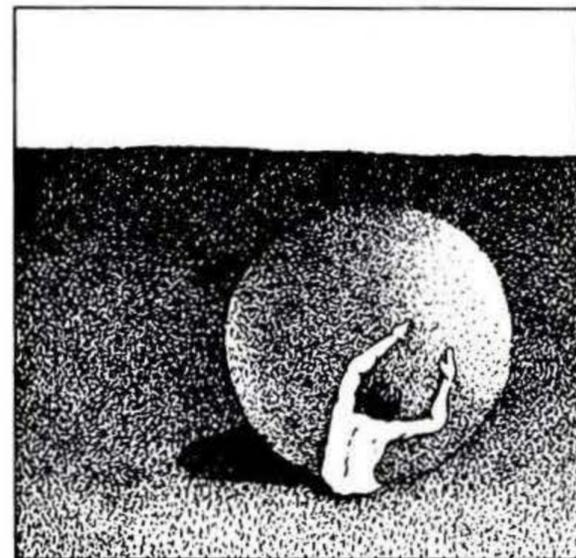
Esteban Navajas

Premios Nacionales de Cultura, Colcultura/Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1995, 88 págs.

Esta edición teatral corresponde a la obra ganadora del premio nacional de dramaturgia de 1994, en su tercera convocatoria.

La producción dramática de Esteban Navajas —autor nacido en Bogotá en 1948— es una de las más conocidas, tanto en nuestro país como en el extranjero, a pesar de la general indiferencia por la lectura teatral. En 1976 este autor obtuvo el premio Casa de las Américas de Cuba por *La agonía del difunto*, obra montada ya en 1975 por el Teatro Libre de Bogotá y mantenida por largo tiempo en repertorio. Este dramaturgo, antropólogo de la Universidad de los Andes, es, junto con Sebastián Ospina y Jairo Aníbal Niño, uno de los que tuvieron la oportunidad de formarse en el Teatro Libre de Bogotá, caracterizado, en su primera época, por estimular una dramaturgia individual en el momento en que imperaban los montajes colectivos en otras instituciones colombianas de los años setenta. *La agonía del difunto* fue traducida al inglés en 1985 y montada por el Teatro Rodante Puertorriqueño en Nueva York. Forma parte de una antología de obras

de quince dramaturgos colombianos publicada por el Ministerio de Cultura de España en 1991, la cual, inexplicablemente, no ha sido aún editada para Colombia, a pesar de un compromiso adquirido por Colcultura con la entidad española.



También la pieza *Canto triste de una sombra de boxeo* obtuvo una beca de creación de Colcultura y la Universidad de Antioquia en 1983. Fue publicada ese año, y escenificada por el grupo La Pandonga, de Cartagena, con la dirección de Laura García. Otras obras suyas menos conocidas son *El pionero*, montada en 1985 por el TICH de Manizales con la dirección de Rodrigo Carreño, y *Trueno y fango*, realizada por el mismo grupo en 1988. De los autores que constituyeron el grupo de dramaturgos del inicial Teatro Libre de Bogotá, se expresa así Rosalina Perales, en su fundamental historia continental *Teatro hispanoamericano contemporáneo*:

Estos autores no poseen una tradición teatral o una generación anterior en qué apoyarse, así que su teatro, aunque es individual, elaborado y plasmado mediante diferentes fuentes estéticas, participa también de muchos de los rasgos del teatro político-social colombiano, sobre todo en la crítica y la defensa ideológica; no obstante, el tratamiento de estos temas corresponde a símbolos y situaciones ingeniosos presentados de modo indirecto¹

Así es que con Esteban Navajas, aunque muchos no estén lo suficientemen-